

VALDES Y EL SACO

Dos, como se sabe, son los libros que debemos a Alfonso de Valdés: el "Diálogo de Mercurio y Carón" y el "Diálogo de las cosas ocurridas en Roma". Ambos libros poseen una fundamental intención política y están vinculados a los universales problemas de entonces; pero es fácil advertir que uno y otro trascienden su inmediata condición de alegatos pro domo sua, para acceder -por el vigor del pensamiento y la novedad de la lengua- a la zona de las creaciones literarias perdurables. Si comparásemos estos diálogos de Valdés con los escritos políticos de Quevedo, echaríamos de ver la enorme diferencia que existe entre una doctrina europeizante, racional, moderna en su época (siglo XVI), casi revolucionaria, y una doctrina de carácter escolástico, procedente de viejos autores y comentaristas, y ya (en el siglo XVII) bastante ineficaz. La muy sutil de Alfonso de Valdés se deriva (es cierto) de las obras erasmianas; pero Erasmo venía a ser pensador acorde con su edad, y el discípulo español supo asimilarse aquellas ideas básicas del humanista nórdico, y supo además expresarlas en lenguaje castellano de gran valor artístico. Aun el diálogo que los especialistas consideran inferior, el que trata de los sucesos ocurridos en Roma, se ha salvado por esa acuidad y actualidad de pensamiento y por esa espléndida realización idiomática. ¿Qué fin se propuso el humanista español al componer este reflexivo y ágil diálogo? Nadie desconoce que Valdés quería esclarecer hechos y justificar la humillación y prisión del Papa.

ORIGEN Y FUNDAMENTO DEL LIBRO

No es el diálogo de Valdés obra de un testigo presencial, mas como tuvo acceso a los documentos oficiales, en su calidad de secretario imperial, sin duda conoció los móviles de aquella política. Cuando el Emperador hubo de responder a Clemente VII sobre la causa del saco de Roma, se encomendó la redacción de tales páginas a Alfonso de Valdés. Más tarde, el conocimiento de los hechos, la fidelidad apasionada que por Carlos V sentía, el afán por difundir las ideas de Erasmo, también la pretensión de complacer quizá a unos amigos, le llevaron a escribir un diálogo sobre el peliagudo

asunto. Dos son las razones primordiales que observará todo lector de la obra: por un lado, Valdés acomete la defensa y apología de Carlos; y por otro, Valdés intenta colaborar para que la religión católica, entonces desvirtuada, alcance mayor pureza, sobriedad e intimidad. Ciertamente, es Alfonso de Valdés un idealista; su Carlos constituye un arquetipo, y la alquitarada religión que su diálogo dibuja será siempre irrealizable: una religión interior, ajena a pompas y ceremonias. No era Valdés -ni podía serlo- un protestante a la manera luterana. Como Erasmo, él veía barbarie y agresividad en Lutero, mas no le negaba la razón primera. Urgente era la reforma de la Iglesia, y para llevarla a cabo pedía Valdés un Concilio general, concordando con otros espíritus de su tiempo. Verdad que todo depende de Carlos. "El diálogo en que Alfonso de Valdés expresa tan vigorosamente su fe en la misión de su señor es una obra de circunstancias, con todas las limitaciones, con toda la fuerza también, que esta calidad le confiere", ha opinado Marcel Bataillon. Pero, a nuestro juicio, la obra no está circunscrita a su época, y aun tiene desmesurada vigencia en los días actuales. Lo que nos gustaría, por el momento, es subrayar cómo Valdés defiende a Carlos V, no ya por esta acción determinada, sino por su entera línea política. En el "Diálogo de Mercurio y Carón" hubo de decir Alfonso: "La causa principal que me movió a escribir este diálogo fue deseo de manifestar la justicia del Emperador y la iniquidad de aquellos que lo desafiaron". En el "Diálogo de las cosas ocurridas en Roma", el Arcediano, al escuchar la razones de Lactancio, exclama: "Vos querriades, según eso, hacer un mundo nuevo". Tarea descabellada ante los ojos del clérigo. Pero Lactancio, portavoz de Valdés, profiere estas ingenuas palabras: "Vívame a mí el Emperador don Carlos y veréis vos si saldré con ello".

En su conversación con Lactancio, el Arcediano se queja de los desmanes y sacrilegios cometidos por las tropas imperiales. Para Lactancio, tal acción fue un castigo del cielo, porque era Roma sede de todos los males y abominaciones; y una y otra vez pondera la buena intención de Carlos, deseoso de paz, y obligado a la guerra por la deslealtad de Clemente. Valdés distingue entre el poder espiritual y el poder temporal; en éste no ha de intervenir el Papa. "Si un príncipe quiere castigar a su vasallo, ¿hase él de entremeter en ello?" Habiendo discriminado escrupulosamente cuál es la misión del Papa y cuál la del Emperador, ambos interlocutores prosiguen un diálogo vivo y matizado, en el que se advierte que el Arcediano va cediendo terreno poco a poco. Y el clérigo fugitivo se asombra de que, no obstante la mocedad de Lactancio, sea éste tan bien razonador.

DE ROMA*

LAS DOS ROMAS

La famosa ciudad presentaba entonces un aspecto muy distinto del que había solido mostrar. No era la Roma parlanchina, azacaneada jubilosamente, que se retrataba en un libro publicado por aquellas fechas de la invasión y saqueo. Aludimos a "La Lozana Andaluza", del clérigo Francisco Delicado o Delgado, sabidor excelente de cortesanas. De este libro casi neorrealista "avant la lettre" ha afirmado Serrano Poncela: "Digo que es, sobre todo, un libro escrito con alegría, y así es; una elegría renacentista y a medias española y romana, con sus ribetes sarcásticos; desvergonzada y refrescante brisa primaveral en ocasiones primaverales del vivir español. No fue escrito en la Península, donde nunca se escribió ni se escribiría cosa tal". Y, en efecto, los españoles fueron incapaces de ofrecer obras de tamaño frescura, sensualidad y vivacidad. Acaso no lo permitía la existencia hispana, y por eso Francisco Delicado tuvo que sacar sus retratos del ambiente de Roma. Si, por ejemplo, el Arcipreste de Talavera nos habla de una mujer adúltera que retoza con su amante, rehúye en sus páginas lo sensual y jocundo para pintarnos la fealdad del pecado y los males que siguen. En los españoles la carne suele ser triste, como en el verso de Mallarmé. Nada de la sana alegría, de la jugosa y provechosa travessura que se manifiestan en Boccaccio. Por influjo de Italia, Miguel de Cervantes, sin llegar al magnífico desenfreno de aquellos narradores, invierte en sus ejemplares novelas tal tendencia castellana. Recordemos que Cervantes añoraba la vida libre de Italia. Precisamente, al hablar de "La Lozana Andaluza", Alfonso Reyes puntualiza: "Antes y después de Delgado, otros escritores peninsulares se habían puesto en contacto con la misma vida romana; y por ellos ha trascendido a la literatura española aquel estremecimiento social, aquel beso sensual de la Italia renacentista". Como que hacia 1490 había en los prostíbulos de Roma 6.800 mujeres, muchas de las cuales eran españolas. Stazio Gadio pudo referir: "E piú puttane spagnuole vi erano che homini italiani".

Imaginamos que Alfonso de Valdés no se opondría demasiado a esta espléndida sensualidad vital, hija de los aires de Italia; pues en su diálogo combate, sobre todo, la hipocresía, codicia y otros vicios de los clérigos, sin acordarse mucho de las velívolas cortesanas. Si tantas españolas había, debieron confraternizar en seguida con sus paisanos saqueadores.

MISION DE CARLOS V

La de Roma no era una religión depurada; allí no había cristianos auténticos. No lo era el Papa, afanoso de bienes temporales y de poder político.



**Ventura
Doreste**

Para Valdés, Carlos simboliza la monarquía universal en paz y la unidad de las creencias reformadas, reprimadas. Acaso el Emperador pudiera convocar el Concilio que Valdés y otros proponían, para delimitar e intensificar el cristianismo interior. El adusto Austria -no lo sería tanto como su heredero- representa la ponderación o mesura de que era partidario Valdés. "El Emperador - dice éste - es muy de veras buen cristiano y tiene todas sus cosas tan encomendadas y puestas en las manos de Dios, que todo lo toma por lo mejor, y de aquí procede que ni en la prosperidad le vemos alegrarse demasadamente ni en la adversidad entristecerse, de manera que en el semblante no se puede bien juzgar de él cosa ninguna; mas, a lo que yo creo, tampoco dejará de conformarse con la voluntad de Dios en esto como en todas las otras cosas".

Tal ponderación persistente contrasta con la doble semblanza que del Papa se realiza en el diálogo; por una parte, vemos a Clemente en medio del boato romano, como poderoso padre espiritual, y, por otra, ya derrotado y desolado, fluctuando entre Carlos y los enemigos de Carlos. La situación del Papa entristece al Arcediano, a quien no han convencido todavía los argumentos de Lactancio.

Valdés, por consiguiente, ha querido justificar en su diálogo la política del Emperador; y es cierto que las acciones de éste necesitaban justificación ante los ojos de Europa. Pocos años después del saco de Roma y de la redacción del diálogo que hemos glosado someramente, el mismo Erasmo escribía a Valdés, desde Friburgo de Brisgovia, estas palabras: "La llegada del César sufre diversas interpretaciones y origina impresiones diversas". Esto se decía en 1530. Valdés moriría en 1532, tras haber intentado (merced a su doble devoción) conciliar la defensa razonada del Emperador con la de las doctrinas de su maestro Erasmo.

V. D.

* El presente artículo viene a ser un extracto de un estudio más extenso sobre el mismo tema. En esta versión reducida he suprimido las correspondientes notas.